LOS ORIGENES DEL CATALANISMO

El presente trabajo de **Juan J. Trías Vejarano** (1) es una versión aligerada, por una parte, y completada por otra, de la tesis doctoral que su autor presentó en la Facultad de Ciencias políticas y Económicas de la Universidad Complutense de Madrid en abril de 1971. Se trata de un estudio ampliamente documentado, sobre la labor desarrollada en el **renacimiento del nacionalismo catalán** por **Valentín Almirall** durante el último tercio del siglo pasado.

Trías Vejarano abre su estudio con una exposición de los orígenes del catalanismo en el siglo XIX y la trayectoria de la burguesía catalana en el mismo período, remontándose a los antecedentes detectables en los dos siglos anteriores, durante los cuales la llamada «decadencia» catalana llega a su punto álgido. Siguiendo sobra todo las tesis del historiador francés Pierre Vilar (que ya sirvieron como base a las desarrolladas por Jordi Solé-Tura), y enfrentándose, por lo tanto, a la de historiadores catalanistas como Prat de la Riba y Rovira i Virgili, Trías Vejarano considera que los orígenes del catalanismo no hay que buscarlos en un renacimiento cultural predeterminado por unas raíces históricas, sino más bien en el conjunto de una serie de condicionamientos de todo tipo (culturales, desde luego, pero también, y sobre todo, económicos y políticos) que conforman la estructura político-social necesaria para que este renacimiento se produzca. La industrialización de la Cataluña del siglo XIX se sitúa en el marco de una España extenuada que apura los últimos recursos coloniales. Y la capitalización de esta industrialización tiene su origen en la liberación que, a partir de Carlos III, se experimenta en el comercio entre la metrópoli y las colonias americanas, aparte de un progresivo desarrollo del comercio interior (Cataluña-resto del Estado español). Es precisamente durante este período cuando se produce una mayor integración del Principado con el resto de España, lo cual conlleva una pérdida más acusada de la conciencia **nacional.** La tímida revolución burguesa que se inicia durante la ocupación napoleónica, no enfrenta, en principio, como sucedería más tarde, los intereses de la burguesía industrial con los de los grandes terratenientes. Si por algo se significan los diputados catalanes en las Cortes de Cádiz es por su moderación frente a los conflictos políticos planteados y por su adhesión a las Juntas de Defensa ante la «invasión extranjera». Cuando la pérdida de la totalidad de las colonias americanas se consuma con el «desastre» del 98, asoman con toda su crudeza esos conflictos latentes entre una economía eminentemente mercantil y paraindustrial y otra que sigue fundamentada en la explotación agraria cuasifeudal. Y a partir de ahí, el catalanismo cobra su verdadera carta de naturaleza.

Con la anterior interpretación, se resquebraja la tan cacareada fachada cultural presentada por la burguesía para embellecer sus últimas apetencias mercantiles. Acontecimientos muy posteriores, entre los que serían cruciales los años de la última guerra civil, terminaron de poner las cosas en claro. Pero hasta ahí no pretende llegar el trabajo de Trías Vejarano, centrado en la labor de Almirall. Tras el análisis de los orígenes, el autor estudia la personalidad de Almirall y el papel jugado por Cataluña en la revolución de 1868, que se inscribe dentro de las tendencias demoliberales del federalismo español (o de las tendencias federalistas del demoliberalismo español). En este punto cabe hacer una clara distinción entre las ideas federales de un Pi y Margall, por ejemplo, y las de un Almirall, más radical (y menos racional, menos «científico»). La experiencia de la I República sería decisiva para marcar los caminos que en lo sucesivo iba a seguir el catalanismo político.

Antes de que esta experiencia fracasara, Almirall atraviesa su etapa de mayor confianza en el movimiento federalista como instrumento adecuado para la modernización del país. Pero, a diferencia de lo que sucedería en Italia, pongamos por caso, los centros de decisión política no coinciden, en España, con los de mayor actividad económica, lo cual va creando un progresivo sentimiento de frustración en los segundos y una progresiva «política de defensa» en los primeros. Al producirse el fracaso de la I República, Almirall advierte la necesidad de liquidar absolutamente todos los residuos del Antiguo Régimen y encaminarse hacia una democracia de carácter liberal burgués, cuyos modelos más próximos y admirados podrían situarse en las democracias federales de Suiza y los Estados Unidos de América. Por el contrario, con la restauración nace una «visión de España» típicamente catalana. De una política que hasta la fecha (y desde Carlos III) ha sido, mal que bien, española, se pasa a una política esencialmente «madrileña», marcando cada vez con más agudeza la

(1) **Juan J. Trías Vejarano: «Almirall y los orígenes del catalanismo».** Siglo XXI de España, Editores. Madrid, 1975. 457 págs.

dualidad entre Cataluña y Castilla. Naturalmente, la burguesía catalana, pacata, no excesivamente consciente del papel histórico que, como clase dominante, le toca jugar, se espanta ante lo radical de la citada opción y prefiere seguir una política ambigua que tiene por norte el pacto sistemático con las fuerzas políticas del pasado. Otra cosa hubiera significado, además, el reconocimiento del proletariado urbano como fuerza política con poder de decisión, e incluso la importancia que, en la supremacía de la economía catalana en el conjunto de la del Estado español, había tenido y seguía teniendo el campo, la Cataluña del interior, con su papel decisivo en la capitalización del desarrollo industrial y mercantil. A partir de ahí se va acentuando la divergencia entre los presupuestos defendidos por Almiràll y aquellos otros en que se basa la política seguida por la burguesía dominante, divergencia que terminaría por anular la influencia política del primero, a pesar de que intentara, en todo momento, encontrar el equilibrio necesario entre su ideario y las necesidades políticas impuestas por una situación que no evolucionaba de acuerdo con aquél. Con la escisión del «Centre Català», la personalidad de Valentín Almirall queda completamente al margen de la política practicada por los sectores mayoritarios, y más conservadores o «temerosos», de la burguesía catalana.

El trabajo de Trías Vejarano se completa con varios apéndices, que recogen diversos y significativos documentos en torno al periodo y la temática estudiados. Estos apéndices son una ayuda sustancial para que el lector enriquezca su conocimiento y haga sus propias deducciones sobre el particular. Especialmente si tiene en cuenta que Trías Vejarano se muestra más atento a la reseña y glosa de la no escasa bibliografía acumulada sobre el tema objeto de su estudio, que a ceder ante la tentación de aventurar una interpretación propia a partir de los elementos que le hubiera proporcionado una investigación de primera mano. Se echa de menos, asimismo, un índice temático, o cuando menos onomástico, que posibilitaría la localización y conexión de las diversas partes y autores citados entre sí. Claro que, en tal caso, se haría más evidente el carácter de reseña o glosa que tal vez tiene este trabajo.

■ **JOSE BATLLO.**

LA MASONERIA MODERNA

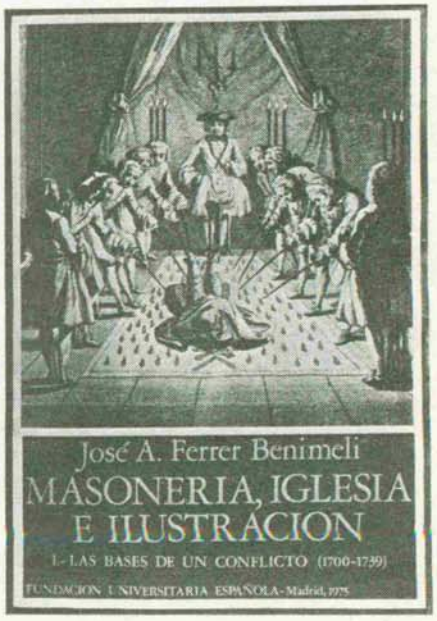
Gracias a la aparición de este libro (1), la historiografía española cuenta con un estudio sistemático sobre la imprecisa masonería, estudio que se hacía necesario a causa de las muchas veces que pensadores de todas las corrientes han apuntado las posibles influencias de esta secta en el curso sociopolítico de nuestro país, pero siempre sin profundizar en ellas.

«Las bases de un conflicto», el primero de los cuatro volúmenes que el autor ha englobado bajo el título de **«Masonería, Iglesia e Ilustración»,** supone el comienzo de un ingente trabajo y la culminación de la labor investigadora que **Ferrer Benimeli** (2) realiza desde hace varios años; recordemos sus anteriores publicaciones en torno a la misma temática: «La Masonería después del Concilio» (Barcelona, 1968), «Masonería e Inquisición en Latinoamérica durante el s. XVIII» (Caracas, 1973) y «La Masonería Española en el s. XVIII» (Madrid, 1974). La obra sobresale por la marcada erudición que encierra y que se manifiesta en el manejo de las fuentes: archivos y bibliotecas de cincuenta y cinco ciudades europeas y consultas e intercambio de opiniones con especialistas de todo el mundo.

El planteamiento de la investigación ha sido el comprobar la presencia de los masones en Europa, verificar las hipótesis, previa aportación de datos positivos, que otros historiadores han desarrollado acerca de sus actuaciones tanto políticas como religiosas, y razonar a base de numerosas pruebas documentales la importancia del papel que la Masonería jugó en el devenir del s. XVIII. Una vez cumplido este objetivo, y tras señalar reiteradamente la participación masónica, se analizan la ideología y mentaliadad de la sociedad, el porqué de su secreto, y la fuerza que —en parte por su sentido de clandestinidad— adquirió a lo largo del siglo y que motivó una serie de condenas eclesiásticas y civiles.

Como punto de partida del panorama dieciochesco, nos encontramos una introducción donde con minuciosidad y detalle se describen los orígenes de la masonería y las distintas teorías que sobre su procedencia se han escrito. El Templo de Salomón y la leyenda de Hiram sirven de preámbulo a acertadas reflexiones sobre los primeros gremios de albañiles que existieron en el Medievo, para así definir claramente cómo la llamada Masonería Operativa, propia de la organización profesional de constructores de catedrales, deriva hacia la Masonería Especulativa que adquiere su consistencia en 1723 con las Constituciones de Anderson. Los ritos de iniciación, fórmulas de juramento y emblemas masónicos, en especial los hispánicos, se exponen en este apartado con gran exactitud; y las opiniones de La Fuente, Tirado y Rojas y demás clásicos en la materia acerca de las marcas de picapedreros en España se relatan con la correcta metodología del verdadero investigador.

El siglo XVIII es, por consiguiente, el período cumbre para la gestación de la masonería moderna y por ello es imprescindible profundizar en los aspectos estatales de los países donde ésta arraigó con mayor poder; en páginas sucesivas se hace manifiesto cómo los móviles que llevan a los Gobiernos a dictar persecucio-



(1) **Ferrer Benimeli, J. A.: «Masonería, Iglesia e Ilustración. I - Las bases de un conflicto (1700 - 1739)».** *F. Universitaria Española. Madrid, 1975.*

(2) *De José A. Ferrer Benimeli, TIEMPO DE HISTORIA ha publicado dos amplios trabajos:* **«Masonería española: mito o realidad»** *(número 2, enero de 1975) y* **«Masonería española: Siglos XIX y XX»** *(número 11, octubre de 1975).*